

## **EL IBIRÁ PITÁ**

Un anciano paraguayo, cansado de la miseria en que vivía, cruzó en canoa el río Paraná en compañía de cuatro nietos jóvenes; intentaba cortar algunos árboles y vender la madera para subsanar en parte la afligente situación por la que atravesaba.

Abriéndose paso a machetazos, buscaban un lugar donde crecieran árboles de madera codiciada, como el palo santo, el cedro, el lapacho, el molde y el pino misionero, hasta que acamparon en el corazón de la selva misionera.



Al principio los jóvenes hachaban con un entusiasmo que con el correr de los días fue disminuyendo. Así, con el pretexto de buscar una carreta para transportar la madera, uno a uno abandonaron el campamento y el viejito quedó solo, alimentándose con piñones, miel silvestre y bebiendo agua de una cascada cercana.

Pasaron los días y los meses y, a pesar del abandono y la soledad, un día, buscando ramas para hacer un pequeño fuego, su pala tropezó con algo duro y comenzó a cavar con bríos juveniles, hasta que comprendió que había dado con una bellísima jarra de oro.

Siguió cavando durante siete días y acumuló objetos de oro, incluyendo un rosario, en cuya cruz lucían engarzados rubíes y brillantes. Al ver que seguía pasando el tiempo y sus nietos no volvían, enterró nuevamente el tesoro al tiempo que se sentía desfallecer, guardando sólo el rosario.

Como último gran esfuerzo, trepó a un ibirá-pitá y colgó el rosario en una de sus ramas, como último legado a sus ingratos, por si éstos regresaban alguna vez. Exhausto, se echó a los pies del árbol y murió.

Mientras tanto, el menor de sus nietos, volvía a buscarlo, arrepentido. Pero encontró el cadáver de su abuelo junto al ibirá-pitá que lucía unas enormes flores amarillas que semejaban ser de oro.



El legado del abuelo se había transformado en riqueza estética no sólo para sus nietos sino también para todos quienes cada enero inundan sus ojos con la magia floral de las carolas del bello árbol selvático.